

—¿Y tú, me obedecerás, me seguirás, *hermano mío*?

Ives, vacilando, volviendo los ojos, me contestó muy bajo y con su sonrisa de niño:

—¡Oh! sí; seguramente.

XXIII

Poco tiempo tuvimos para dormir aquella noche, *mi hermano* y yo, en nuestras camas de armario.

En cuanto el antiguo reloj de cuco de la cabaña dió con su cascada campanilla las cuatro de la madrugada, nos fué preciso levantarnos. Debíamos estar en Paimpol antes de rayar el día, á fin de tomar allí á las seis la diligencia de Guingamp.

A las cuatro y media de aquella triste mañana invierno abrióse la pobre puertecilla de la choza para dejarnos libre salida. Cerróse después de haber recibido Ives un último beso de su madre, que derramaba lágrimas amargas, y de haber re-

cibido yo un expresivo apretón de manos de aquella anciana. Ambos nos alejábamos por cinco años.

En las familias de la marina siempre sucede esto.

En la mitad del camino estábamos cuando oímos tocar al *Angelus* detrás de nosotros, en la capilla de Plouherzel. Creímos que nos habíamos retrasado y comenzamos á correr con desesperación. Cuando llegamos á Paimpol nuestras frentes estaban sudorosas y podíamos respirar apenas.

Nos habíamos equivocado, por fortuna; habían adelantado la hora del *Angelus*.

Hallamos hospitalidad en una taberna abierta al amanecer, y allí nos desayunamos en compañía de varios marineros.

En la noche de aquel mismo día, á eso de las once, llegamos á Brest para embarcarnos nuevamente.

XXIV

Seguro, muy seguro estaba yo de haber aceptado, al adoptar aquel hermano desobediente, muy pesada carga; tanto más pesada cuanto más en serio tomé desde un principio mi juramento.

Pero la suerte nos separó al siguiente día y puso entre nosotros la mitad del mundo. Ives navegó en el Atlántico; yo partí hacia Levante, para Constantinopla.

Sólo quince meses después, en el de Mayo de 1877, volvimos á encontrarnos á bordo de *La Medea*, que navegaba con rumbo á China.

XXV

A bordo de *La Medea*, Abril, 1876.

—Esto me sienta como á un Santo Cristo un par de pistolas (1), decía Ives contemplando sus

(1) Como polainas á un conejo, es la traducción literal; pero nos ha parecido más propio substituir el dicho francés por su correspondiente castellano. (*N. del T.*)

amplias mangas y su túnica de seda azul de Birmania.

Ocurría esto en Yé, ciudad de Siam, á orillas del golfo de Bengala. Ives se hallaba sentado en el fondo de una taberna de marineros, sobre un escabel de forma chinesca.

Estaba completamente ebrio, y cuando sonreía al verse vestido como un ricachón de Asia, tornáronse sombríos sus ojos y se contrajeron sus labios con una mueca desdeñosa.

En esos momentos era capaz de todo, como en sus antiguos tiempos.

Estaba á su lado el gigantesco Kerboul, gaviero también de mesana, que acababa de hacerse servir quince copas de aguardiente—muy caro en Singapoore—y despues de bebidas una tras otra, haberlas roto á puñetazos con esa terrible seriedad de la borrachera del bretón. Los cascós de las quince copas cubrían completamente la mesa sobre la cual el marinero acababa de plantar sus pies.

Estaba allí Barrada, siempre arrogante, y con su sonrisa de astucia estereotipada en los labios: los gavieros, haciendo una excepción en favor de Barrada, habíanle invitado á la fiesta. También parecían entre ellos Hello, Barazère, otros seis

más del palo mayor y cuatro del bauprés. Envolvíanse todos, dándose gran tono, en los trajes asiáticos.

Estaba asimismo La Hir, el idiota; un isleño de Sein, que los marineros habían llevado consigo para reirse y que bebía restos repugnantes del festín, disueltos en un bol de ron. Ultimamente figuraban, entre los congregados, un par de bribones, dos *blackboules*, desertores de todos los pabellones, conocidos antiguos de Ives, que aquella misma tarde los había recogido cariñosamente en la playa.

Habíanse reunido para celebrar la función de la santa patrona de los gavieros, y según costumbre tradicional, yo, como oficial de maniobras, estaba obligado á presentarme entre ellos.

Un año hacía ya que no pisaban tierra firme. Por esta causa, y además por hallarse satisfecho de la tripulación, el comandante había permitido á los mejores entre los marineros que celebrasen, como en Francia, el aniversario de la santa patrona. Precisamente había elegido para conceder este permiso la ciudad de Yé, porque siendo sus habitantes inofensivos y dóciles, parecióle la menos peligrosa para nuestras gentes.

En aquella sala, extensa y baja de techo, tos-

camente empapelada, hallábanse también, aunque algo separados de nosotros, unos cuantos individuos de la marina mercante de América que bebían alegremente, acompañados por varias muchachas cobrizas y de dientes largos, escapadas de los lupanares de la India inglesa.

Aquellos intrusos molestaban á nuestros marineros que deseaban estar solos allí y que no perdonaban ocasión de dar á conocer su disgusto.

Las once de la noche.—Acababan de ser renovadas las bujías en las arandelas de varios colores, mientras la ciudad asiática se entregaba al descanso nocturno. En la sala se respiraba aire de pelea: adivinábase que había en la atmósfera golpes y porrazos, y que los brazos necesitan extenderse y pegar.

—¿Qué es esto? preguntó uno de los americanos que tenía el acento de los naturales de Marsella: ¿quiénes son esos señores franceses que vienen aquí á imponer la ley? ¿Y quién es ése que está con ellos—y me señalaba con el ademán—el más joven de todos, y que se da aires de mandarlos?

—Éste, respondió Ives, sin volver siquiera la cabeza para demostrarse desdefioso... *buenos bigotes había de tener* quien se atreviera á tocarle.

—¿Quién es éste? dijo Barrada; esperad un poco: vamos á decíroslo sin que él tenga necesidad de molestarse; y ya veréis, hijos míos, ya veréis si os lo decimos claro.

A todo esto Ives había ya arrojado contra ellos el taburete en que se sentaba, que pasó rozando las cabezas de los americanos y fué á romperse con estrépito contra la pared. Barrada, del primer puñetazo, echó por tierra á dos de sus adversarios. Los demás fueron derribados encima de los primeros; Kerboul sacudía la mesa sobre aquel montón de hombres, machacando en las espaldas de sus enemigos los restos de sus quince copas.

Oyóse entónces ruido exterior de campanillas, crujir de seda, y carcajadas de mujeres, y penetraron en la estancia las bailarinas que los gavieros habían mandado llamar.

Detuviéronse los marineros al verlas entrar; la verdad es que las recién venidas tenían aspecto muy extraño. Pintadas como imágenes chinas, cubiertas de oro y de pedrería reluciente, entornados los ojos, adelantaban hacia nosotros sonriendo tristemente, elevando los brazos y separando los dedos, cuyas largas uñas aparecían encerradas en estuches de oro.

Al mismo tiempo aromas penetrantes se esparcían por la habitación, que se llenó de una especie de niebla azulada.

Los panderos sonaban con más fuerza, y aquellas fantasmas danzaban sin mover sus pies; era aquella danza particular una especie de movimiento rítmico de las caderas, acompañado de contracciones de manos. Siempre la misma sonrisa estereotipada en el rostro, siempre la mirada fija y los ojos cadavéricos: aquellos talles encorvados, que se agitaban con estremecimientos de lascivia, y aquellos brazos rígidos y aquellas manos abiertas que se torcían convulsivamente.

Hello, que dormía tranquilamente en el suelo, se despertó al ruido y tuvo miedo.

—¡Calla, hombre! le dijo Barrada riendo: son las bailarinas.

—¡Ah! sí; las bailarinas.

Se levantó medio aturdido, y á puntapiés procuró rechazar aquellos brazos extendidos y aquellas uñas doradas, diciendo, con la pronunciación torpe y dificultosa de los borrachos:

—No enseñéis esas manos... eso es muy feo; he creído que érais el demonio.

Y cayó otra vez dormido.

El mismo Barrada, que se había excedido

aquella noche más de lo acostumbrado, increpaba duramente á las bailarinas y las echaba en cara que tuviesen la piel amarilla, le cual le dió pretexto para hablar de la suya, que era blanca. ¡Blanca, blanca! repetía Barrada; y queriendo lucir esa blancura, que en honor de la verdad exageraba bastante, se desnudaba los brazos, después el pecho, gritando: ¡Mirad; mirad, ahí lo tenéis, ya véis que no miento!

Entretanto aquellas muñecas amarillas continuaban impasibles sus pausados y lúgubres estremecimientos de bestias, y Barrada, ya completamente desnudo, bailaba delante de ellas, semejando una estatua griega, á la que se hubiera comunicado vida de pronto para una bacanal antigua.

Pero las birmanes, parecidas á autómatas, bailaron mucho tiempo, mucho, mucho, más que Barrada; y cuando al terminar la noche cesó el ruido y terminó el baile, la idea de que aquellas mujeres, pagadas para divertirlos, estaban ya esperándoles, puso miedo en los espíritus de los marineros, que sin atreverse á dirigirse á ellas salieron unos en pos de otros, dirigiéndose hacia la playa.

XXVI

Barrada, amigo íntimo de Ives, había eludido otros compromisos para navegar por tercera vez en el mismo buque en que navegábamos nosotros.

Hijo natural, había sido educado á la ventura en las calles de Burdeos. Lleno de vicios, pero de buen corazón, carecía por completo de ciertas nociones rudimentarias de respeto humano. Para él toda la honra consistía en ser más hermoso, más hábil y más fuerte que los otros. Mediante un estipendio convencional enseñaba Barrada á sus camaradas todos los ejercicios de habilidad ó de fuerza usuales entre marineros: *bocc*, *palo*, pelota, con gimnástica por añadidura, y canto y baile. Era ágil como un *clown*; trababa amistad con todos los Hércules de feria; era estimado como excelente modelo por los escultores, y luchaba por dinero entre *saltimbanquis*.

Siempre aparecía en primer término en las fiestas de los marineros; pero siempre como convidado; bebía siempre, pero nunca pagaba. Be-

bía mucho, pero nunca excesivamente, y pasaba en medio de las orgías más ruidosas fresco siempre, y sereno, y franco.

Era, por lo demás, agradecido, servicial y fiel en sus amistades; no tenía más que una palabra, y respondía siempre con esa franqueza abrumadora de la infancia.

De todo sacaba partido para ganar dinero; hasta de su hermosura cuando se presentaba una ocasión. Pero lo hacía espontáneamente, con una sencillez casi salvaje, y los que le conocían se lo perdonaban considerándole como un niño, más niño que ellos. Ives se limitaba á decirle de vez en cuando: «¡Oh! eso no está bien, Barrada; eso no está bien, te lo aseguro...» Pero no le quería mal por eso.

Todo esto iba reuniéndose y se convertía en monedas de oro, cosidas á sus riñones en una bolsa de cuero. Todo con el propósito de casarse, luego que hubiese terminado los cinco años de su reenganche, con una española que trabajaba de modista en Burdeos; modistilla alegre y elegante, cuyo retrato llevaba siempre consigo Barrada. «¡Qué queréis! Es una *amistad* de la infancia», solía decir á sus compañeros, como si hubiera necesitado disculparse.

XXVII

En alta mar, Mayo de 1877.

Dos días llevábamos de escuchar en rededor nuestro el gemido de la siniestra voz del mar alborotado. El cielo aparecía negro; parecido al del cuadro en que Poussín quiso pintar el Diluvio; solamente se movían las nubes, impulsadas por un viento que llevaba espanto á los ánimos más esforzados.

Y aquella voz aumentaba de intensidad, se hacía profunda y no cesaba; era como un furor exasperándose cada vez más. Nuestro buque chocaba en su camino con masas enormes de agua que se enroscaban formando gigantescas hélices de blancas y espumosas crestas, y que parecían perseguirse unas á otras; masas de aguas que corrían sobre nosotros con toda su irresistible fuerza; sentíamos entonces en el buque sacudidas terribles y grandes ruidos que nos aterraban.

En ocasiones *La Medea* se encabritaba, se sobreponía á las olas, como si se dejase arrebatarse por el furor mismo que á ellas las impulsaba. Después tornaba siempre á caer, con la cabeza hacia delante, en aquellos abismos traidores que tenía detrás, llegaba al fondo de aquella especie de valles rápidamente abierto entre dos altísimas montañas de agua; era necesario volver á salir á toda prisa, y salir de entre aquellas dos paredes inmensas, relucientes, verduscas, próximas á cerrarse.

Una lluvia helada cortaba el aire con largas flechas de color gris y azotaba y hería el rostro como un latigazo. Nos habíamos aproximado al Norte, elevándonos á lo largo de las costas de China, y aquel frío inesperado nos sorprendía.

Arriba, en la arboladura, se procuraba amainar velas; difícil era sostenerse á la *capa*, y sin embargo era necesario, á cualquier costa, navegar contra el viento.

Ya hacía dos horas que los gavieros estaban en ese trabajo cegados, azotados, abrasados por todo lo que caía encima, surtidores de espuma lanzada por el mar, lluvia y granizo arrojados desde las nubes; intentaban, con las manos crispadas de frío y brotando sangre, sujetar aquella

lona rígida, mojada, que se hinchaba á impulsos del viento.

Allí no se veía ni se oía.

Sólo el mantenerse firmes para no ser arrebatado era ya un trabajo ímprobo; era preciso adherirse á todos aquellos objetos inseguros, mojados, resbaladizos por el agua; y sin embargo se necesitaba aún trabajar en el aire, sobre aquellas vergas que se agitaban violentamente, que tenían sacudimientos bruscos, desordenados como los últimos movimientos que un pájaro herido imprimiese, al morir, á sus alas.

Desde arriba llegaban hasta nosotros gritos de angustia. Gritos de hombres, gritos roncós más siniestros que los de la mujer, porque estamos menos habituados á oírlos; gritos de dolor horroso: una mano cogida en alguna parte; dedos aplastados que se despojan de su carne, ó que son arrancados del todo; quizá un desdichado, menos fuerte que los demás, crispado y frío, conocía que iba á dejar de tenerse, que el vértigo se apoderaba de él, que caía sin remedio, y los otros por compasión le ataban, intentando dejarle resbalar hasta abajo.

Dos horas hacía que esto duraba; estaban rendidos, agotadas sus fuerzas, no podían más. En-

tonces se les hizo bajar, y los de babor, que estaban más descansados y tenían menos frío, fueron enviados á relevarlos.

Bajaron hechos una lástima: el agua helada corría por sus pechos y por sus espaldas, ensangrentadas las manos, destrozadas las uñas y chispeando los dientes. Dos días hacía ya que vivían en el agua; apenas habíamos comido, casi no habíamos dormido, y nuestras fuerzas disminuían.

Estas largas fatigas en un frío húmedo y persistente, constituyen el verdadero horror de la vida del mar. Con mucha frecuencia, un pobre moribundo, antes de lanzar su último grito, antes de dar el último suspiro de su horrible agonía, permanece días y noches cubierto con una capa cenagosa de sal y de sudor frío.

...El estrépito seguía aumentando. Momentos había en los cuales silbaba el viento estridente y agudo como en el paroxismo de una exasperación funesta; convertíase otras veces en cavernoso, grave, potente como los ruidos precursores de los grandes cataclismos. Saltábamos constantemente de acá para allá, y fuera del mar, que conservaba siempre su color blanco de espuma, todo lo que nos rodeaba era negro, cada vez más negro. Un crepúsculo glacial caía sobre nosotros;

detrás de aquellos cortinajes sombríos, detrás de aquellas masas de agua que estaban en la atmósfera, acababa de desaparecer el sol, porque era la hora; su luz nos abandonaba, iba á ser preciso continuar aquella misma lucha de noche.

Yo había subido con los gavieros de babor á continuar los trabajos en la arboladura, y entonces yo, cegado también por el agua, miraba constantemente hacia arriba, sin distinguir nada.

De pronto, en una violenta sacudida, dos cuerpos se destacaron de la masa humana que maniobraba en el aire, y cayeron, abiertos los brazos, en las rugientes aguas, mientras que un tercero quedaba aplastado sobre el puente sin exhalar un grito, como hubiera podido caer un hombre ya muerto.

—¡Otro mástil roto! gritó con rabia el contra-maestre, dando una patada en el suelo; en ese sucio puerto de Brest nos han dado material podrido. Kerboul fué al mar: y el otro, ¿quién es?

Otros marineros, agarrándose con las manos á las cuerdas y balanceándose un instante en el vacío, volvían á subir á fuerza de puños, rápidamente, como si fueran monos.

Reconocí entre ellos á Ives; entonces respiré con más facilidad que antes.

Para llamar la atención de los que habían caído al mar, dimos algunos gritos; pero ¿para qué? Casi era preferible no verlos reaparecer; no habría sido posible detener el buque para recogerlos, y hubiera sido necesario un valor horrible para abandonarlos.

Se pasó lista á los que quedaban, á fin de averiguar quién era el segundo que habíamos perdido: resultó ser un muchacho excelente, muy niño aún, á quien su madre, una viuda bastante anciana, había recomendado mucho al contra maestre antes de salir del puerto.

Por lo que respecta al otro, al que se había aplastado en el puente, se le bajó como se pudo, entre cuatro, que varias veces le dejaron caer en el camino, y se le llevó á la enfermería. Ésta se había convertido en una cloaca inmundada, donde hervían dos pies de agua cenagosa y negra, con frascos rotos, y con olores de todas las recetas. No era posible hallar un sitio donde dejarle morir en paz; la mar no tenía compasión del pobre moribundo á quien hacía saltar como á todos nosotros. Acaso hubiera sido posible socorrerle, prolongar su agonía con un poco de tranquilidad. Allí el pobre murió muy pronto en manos de enfermeros á quienes el terror había vuelto estú-

pidos, y que se obstinaban en hacerle comer.
A las ocho de la noche.—Pesada era por cierto la carga del cuarto del servicio á esta hora, y era yo quien debía tomarla.

Cada uno se mantenía firme como podía. No se veía gota. Era tal el ruido de los elementos alborotados, que la voz del hombre no podía ser oída. Los silbatos de plata, tocados con toda la fuerza de los pulmones, herían débilmente los oídos.

Oíanse golpes terribles, dados contra los costados del buque: *La Medea* entera vibraba como un tambor monstruoso. Subía rápidamente, bajaba con mayor rapidez, saltaba como juguete del viento y de las olas, y entonces costaba trabajo indecible agarrarse con fuerza á la obra muerta, cerrando la boca y los ojos, porque se adivinaba instintivamente, sin verlo, que en aquellos momentos una poderosa masa de agua iba á barrer la atmósfera, y acaso á barrer también á todos nosotros.

Y no bien acababa, comenzaba de nuevo: con las mismas caídas hacia adelante y los mismos saltos y el mismo espantoso ruido de tambores.

Después de cada uno de estos choques se escuchaba el ruido del agua que caía por todas par-

tes, mil objetos que se hacían pedazos, muchos cajones que rodaban en la oscuridad, todo lo cual prolongaban el terror producido por el estrépito primero.

Y los gavieros, y mi pobre Ives, ¿qué hacían entretanto allá arriba? Los mástiles, las vergas, apenas podían distinguirse. De vez en cuando se veía, en el agua, destacarse sus siluetas cuando se podía mirar sobreponiéndose al dolor que causaba el granizo y el hielo; veíaseles entonces en forma de cruces grandes, *de dos pisos*, como las cruces rusas, agitándose en la sombra con movimientos torpes y locos ademanes.

—Hágales usted bajar ya, me dijo el comandante, que prefería el peligro de no terminar del todo la maniobra, al temor de perder más hombres.

Con verdadera alegría di inmediatamente este orden. Pero Ives, desde lo alto, me respondió, ayudado de su silbato, que la faena estaba casi concluida. Sólo faltaba *la liga del puente*, que se había quebrado y había de ser reemplazada por un *cabo* cualquiera, y que en seguida bajarían todos.

Poco después, cuando todos estuvieron abajo, respiré mejor. No más hombres en el aire, no

más faenas arriba; todo quedaba reducido a eso. ¡Oh! Me pareció entonces que casi hacía buen tiempo. ¡Tanto pesaban en mi alma aquellas inquietudes!

XXVIII

Las doce de la noche.—El fin del cuarto.—
La hora de procurarse un abrigo.

Abajo, en la batería cerrada, reinaba también la tormenta con sus interioridades de miseria y con sus desconsoladoras realidades. De un extremo á otro veíase una especie de corredor largo y sombrío, medio alumbrado por linternas que oscilaban violentamente. Las piezas de artillería gruesa, apoyadas en sus enormes cureñas, manteníanse difícilmente sujetas por grandes cadenas de hierro. Todo se movía en aquel sitio. Semejaba aquel movimiento al que se diera á varios objetos en un gigantesco cedazo que alguien agita se constantemente, sin cesar, con furia ciega; todo crujía allí; todo tenía estremecimientos como

de ser viviente que sufre, oprimido, extenuado, próximo á romperse y morir.

La lluvia de fuera, que intentaba penetrar, filtrábase por todas partes, formando siniestros surtidores.

Sentíase uno levantado con tal rapidez, que se doblaban las piernas, y luego los objetos se hundían, las cosas se sumergían bajo los pies, y bajaba uno con todo aquello, irguiéndose, á pesar suyo, para oponer una resistencia instintiva.

Sonaban ruidos agudos, falsos, singulares, que partían de todos lados; todo aquel armazón en forma de pájaro que se llamaba *La Medea*, se deshacía poco á poco, gimiendo con el terrible esfuerzo. Y fuera, detrás de aquellas débiles murellas de madera, siempre el mismo ruido sordo, siempre la misma voz espantosa.

Esto no obstante, todo estaba bien: la larga batería se hallaba intacta. Véase la siempre, de uno á otro extremo, ya inclinada toda y medio caída, ya irguiéndose en sacudida brusca; el corredor parecía más extenso aún en aquella oscuridad donde las linternas se perdían, pareciendo transformarse y medrar, en medio de aquel ruido atornador, como el cuadro fugido en una horrible pesadilla.

En el techo, extremadamente bajo, había pendientes interminables filas de sacos de lona, todos hinchados por un contenido toseco, y que tenían cierto parecido con inmensas telas de araña. Cada uno de esos sacos oscuros contenía un ser humano; eran hamacas de los marineros.

Acá y acullá veíase colgar un brazo ó una pierna desnuda. Unos dormían bien, aniquilados por la fatiga; otros se agitaban y decían palabras ininteligibles soñando. Y todas estas hamacas se balanceaban en perpetuo movimiento, y á veces chocaban violentamente unas con otras, causando heridas dolorosas en las cabezas de los marineros.

En el pavimento, debajo de aquellos infelices que dormían, había un lago de agua negruzca que corría á derecha y á izquierda, arrastrando en su corriente, vestidos, pedazos de pan ó de galleta, toda clase de objetos y deyecciones inmundas. De vez en cuando aparecían hombres macilentos, destrozados y medio desnudos, tiritando, con su camisa empapada de agua pegada el cuerpo, que erraban entre esas filas de hamacas oscuras buscando su pobre cama colgante, el único sitio un poco caliente y medio seco donde

podían hallar algo parecido al reposo. Andaban vacilando, agarrándose para no caer y chocando con la cabeza en los que dormían: en casos tales cada cual cuida de sí mismo y no piensa en los otros. Sus pies resbalaban entre el agua y las inmundicias; importaba muy poco la falta de limpieza.

Una atmósfera pesada é irrespirable llenaba aquella batería; toda aquella suciedad que rodaba por el suelo, causaba la misma impresión que habría causado un establo de animales enfermos; aspirábase ese hedor acre, peculiar á los fondos de los buques en los días tempestuosos del mar.

A las doce de la noche bajó Ives á la batería con los demás gavieros de babor; habían estado de servicio todo su *cuarto* y una hora más de suplemento, necesaria para terminar la faena.

Habían pasado, por consiguiente, cinco horas en aquel trabajo rudísimo, balanceándose en el vacío, aventados por el soplo furioso de la tormenta, completamente mojados por aquella lluvia cortante que les quemaba el rostro. Al penetrar allí, en aquel sitio cerrado y que olía á muerto, hicieron un gesto de disgusto.

—¡Juraría, exclamaba Ives en tono desprecia-

tivo, que estos *Parisienses* (1) nos han traído una epidemia!

Ellos no estaban enfermos; ellos eran verdaderos marinos; aún tenían el pecho dilatado por aquel viento de la gavia, y la fatiga sana que acababan de sobrellevar iba á darles un buen sueño.

Cuando, después de mil dificultades y mil tropezos, llegaron cerca de sus hamacas, se desnudaron, colgaron sus gorras, colgaron también sus cuchillos de cadena de cuero, colgaron sus vestidos empapados de agua, lo colgaron todo, y ellos mismos se colgaron también; ya completamente desnudos enjugaron el agua que aún corría por sus endurecidos pechos.

Hechos estos preparativos, se encaramaron con ligereza de acróbatas á sus estrechas hamacas, y allí se extendieron como en el más mullido lecho.

Arriba, por encima de ellos, después de cada sacudida violenta, se oía como el ruido de una catarata; eran grandes masas de agua que barrían el puente; pero la tela de sus hamacas ad-

(1) *Parisiense* es una injuria que emplean los marineros. Viene á significar algo así como mal marino; poco vigoroso, enfermo, débil.
(N. del A.)

quirió, á pesar de todo, el mismo balanceo de las otras, oscilando alrededor de las argollas de hierro, y los marineros, en medio de aquel espantoso ruido, se durmieron profundamente.

Muy pronto las mujeres birmanas vinieron á bailar alrededor de la hamaca de Ives. En medio de una nube de incienso que el sueño hacía más tenebrosa, llegaban unas en pos de otras, con su sonrisa muerta y sus extrañas vestiduras de seda, cubiertas de piedras resplandecientes.

Movían dulce y suavemente sus caderas al són del pandero, con las manos extendidas siempre y los dedos separados como los fantasmas.

El pandero no era otra cosa que la tempestad que seguía azotando los costados del buque.

XXIX

También yo, á las doce, cuando terminó mi cuarto y después de ver que bajaba Ives, entré en mi cámara y procuré descansar. En definitiva, á uno y otro nos importaba muy poco la suerte del

buque; nosotros habíamos prestado ya nuestra vigilia y nuestro trabajo. Podíamos, por consiguiente, acostarnos con ese descanso y esa indiferencia con que se mira todo en el mar cuando las horas de servicio concluyen.

En mi cámara, que estaba sobre el puente, no faltaba aire, muy al contrario. Por los cristales rotos entraban todas las ráfagas de viento y toda la lluvia; las cortinillas, retorciéndose en espirales, se elevaban al techo, produciendo ruido de alas.

Como Ives, colgué mis vestidos mojados; por mi pecho corría también el agua.

No se estaba muy cómodamente en mi petate; me dormí, sin embargo, muy pronto, porque la fatiga me había quebrantado. Movido, sacudido, á punto de invertir mi posición á fuerza de bruscos sacudimientos, sentíame yo ir de derecha á izquierda y de izquierda á derecha, y mi cabeza chocaba contra los maderos, produciéndome agudos dolores.

Yo tenía conciencia de todo esto en mi sueño; pero dormía... dormía, y soñaba con Ives.

El haber creído que lo veía caer durante el día, hábame dejado en el ánimo una especie de inquietud y como una noción vaga de haber pasado muy próximo algo de siniestro.